



TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

CONTINUÁ LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

XIII.

Partida. — Lo que me sucedió en Valparaíso.

Cuando brilló para Catamarca el sol del nuevo día, estaba yo muy lejos de las tierras de D. Toribio, habiéndome despedido de mi querido Tomás y mis buenos camaradas con lágrimas en los ojos, pues hubiera sido un ingrato y egoísta si no hubiese sentido dejar una casa donde tanto habían hecho por mí.

Nada diré del viaje de Catamarca á Valparaíso, el cual se efectuó sin el menor incidente ni contratiempo, y si nos detenemos algunos instantes en esta última ciudad es para contar una aventura trágico-burlesca que me sucedió allí, faltando poco para que me costase muy cara, como van VV. á ver.

El contraмаestre con quien yo había ido á Valparaíso, dejó este puerto dos días despues, y yo me quedé en una fonda, pues me era preciso permanecer en él hasta hallar buque que se hiciese á la vela para cualquiera puerto del mar de las Antillas que mas cerca estubiese de Maracaibo. Dicho contraмаestre era hombre muy servicial, y me había dado muchas nociones útiles, instruyéndome en los pasos que tenía que dar para encontrar embarcacion, llevando su galantería hasta el extremo de proporcionarme pasaporte, el cual era sumamente necesario, teniendo yo que entregarlo al fondista en virtud de las órdenes de la policía.

Hallado el buque, arreglado el pasaje, y fijado el día de la marcha, pagué la cuenta á mi hombre, cogí mis papeles y mi maletilla, y me embarqué; pero em-

pezó á soplar un viento contrario, y tuvimos que permanecer en bahía, porque los elementos no se dejan dominar como los hombres. El capitán echaba pestes y maldecía con todo su corazón el viento Norte; mas no tuvo otro remedio que obedecer al señor aquilon; y ya hacía unos días que nos hallábamos en la brada, cuando una mañana que estábamos todos reunidos en las cámaras del buque, unos durmiendo y otros jugando, oímos arriba cierto rumor. Al instante subimos á la cubierta, y nos encaramos con cuatro soldados armados, á quienes mandaba un alcalde que nos intimó presentásemos al instante los pasaportes.

Bajé como los demás á la cámara en busca de mis papeles que estaban encerrados en mi maleta, y volví á cumplir con el mandato judicial precisamente á la sazón en que este decía á nuestro capitán que iban á buscar á unos criminales que, segun sospechas se habian refugiado á Valparaíso, donde sin duda alguna esperaban ocasion favorable para dejar aquellas regiones. «Estoy cierto», añadió dirigiéndose al capitán, que este buque no sirve de asilo á la gente que buscamos; pero ya sabe V. que debo hacer cuantas pesquisas crea convenientes.

—Está V. en su derecho, señor alcalde, respondió el capitán, y si puedo servir en algo para el logro de su intento, disponga V. de mí como guste.

Cuando el alcalde se llegó á mí le presenté todos los papeles de que iba provisto, entregándoselos con toda la satisfaccion de un hombre que creia estaban en regla.

—¿Qué es esto? dijo leyendo el pasaporte y mirándome á la cara; no tienes otros papeles que estos?

—No, señor alcalde.

—En ese caso te vendrás conmigo.

—Cómo, señor! ¿qué es lo que V. quiere decir?

—Que este pasaporte no es tuyo, como van á ver los señores.

Y sin hacer caso de mi confusion y vergüenza al

pensar que podrian tenerme por un hombre de mala vida, continuó el alcalde:

— Vean VV. una cosa chistosa; oigan VV., y cuando comparen á este chico con las señas del pasaporte, dirán si le pertenece ó no.... Estatura, cinco pies y ocho pulgadas. — Barba poblada.... Y mas abajo: señas particulares, una pierna de palo.

Aquí soltaron la carcajada el alcalde, su escolta, el capitán y cuantos se hallaban presentes. Yo procuraba justificarme, pero no sabia qué decir, pues ni á mí mismo podia explicarme la causa de semejante incidente. Todos conocieron que aquello nacia de una equivocacion, y el mismo alcalde así lo dijo; mas no hubo otro remedio que prenderme y sacarme del buque para conducirme al instante á lugar seguro, es decir, á la cárcel de Valparaiso. Como pude avisé al único hombre que conocia en la ciudad, al fondista en cuya casa habia parado todo el tiempo que permanecí en tierra, y mi huésped acudió sin tardanza, costándole no poco trabajo sacarme de manos de la señora justicia. El pobre hombre me dió mil satisfacciones, pues él tenia la culpa de mi desgracia por haberme dado en lugar de mi pasaporte el de un soldado que pocos dias antes de yo llegar habia muerto en la fonda.

El alcalde tuvo la atencion de conducirme en persona á bordo, y explicar á los pasajeros y la tripulacion como yo habia sido víctima de un singular *quid pro quo*. Mucho se rieron otra vez, y yo no pude menos que hacer lo mismo, siendo este el fin que tuvo una aventura chistosa, que pudo haberme originado consecuencias muy desagradables, y todo por mi maldita ignorancia.

Al fin empezó á soplar un viento favorable, y dejamos el puerto de Valparaiso para bogar con aparejo largo hácia Cartagena de Indias, donde desembarcamos despues de una travesía larga pero feliz y agradable.

Tanta impaciencia tenia por acabar mis largos y fatigosos viajes, con tal ardor ansiaba llegase el dia en

que pudiese abrazar á mi padre, que apenas permanecí dos dias en aquella ciudad, justamente el tiempo necesario para que mis piernas se acostumbrasen á andar, y para que me enseñasen el camino mas pronto y cómodo, así como el menos costoso, que debia tomar para llegar á Maracaibo.

XIV.

Maracaibo. — Orquesta singular.

—Eh! amigo, yo me quedo aquí.

—Ah! ah!... muchas gracias.

—Ya estamos en la puerta de la ciudad, y puede V. ir á donde guste: yo me quedo en el astillero, donde tengo un amigo que siempre me da albergue. Con que buena mano derecha!

—Buena fortuna, y hasta la vista si Dios quiere.

Mientras que mi conductor y yo nos dirigíamos estas palabras, yo echaba pié á tierra, y sacudiendo la pereza que me habia causado el sueño en que me hallaba sumergido cuando mi hombre me avisó, tomé la direccion que me pareció mas bonita; con el objeto de indagar donde vivian los señores Trotones, uno de ellos mi tío, á quien no conocia, y el otro su socio, el muy caro y amado autor de mis dias, pues ya habrán comprendido VV. que me hallaba en Maracaibo!

«Deberé creerlo? me decia á mí mismo; estoy en este momento en Maracaibo, el objeto de mis votos, la tierra prometida para mí?»

Y cuanto mas andaba, tanto mas abria los ojos, ávidos de mirar todo cuanto se presentaba en masa á mi vista. Aun era muy temprano, y por mas esfuerzos que hice para descubrir un ser viviente que pudiera darme las señas indispensables, no encontré ni un gato con quien hablar, por lo cual me di á vagar por la ciudad, tal vez la poblacion mas linda é importante de la antigua Colombia, en la actualidad república de Ve-

nezuela. Para que VV. formen idea de su situacion, ya que otra cosa no sea posible, ponemos al frente de este número una lámina que representa á Maracai-bó tal como yo le ví la primera vez que pisé su suelo,

Por lo demás, iba diciendo que andaba de derecha á izquierda sin saber á donde, como un perro que ha perdido á su amo, cuando llegó á mis oídos el sonido de un clarinete y un tambor. Dónde daban aquel concierto á una hora tan intempestiva?—Llevado de la curiosidad, me dejé guiar por la voz discordante de los instrumentos, y digo discorde porque el sonido del clarín se parecia á sonoros maullidos y el del tambor á gruñidos sordos.

Conducido de esta manera llegué á una plaza, en cuyo centro se alzaba una choza de saltibanquis ó tirititeros, siendo allí donde sonaba la horrible música que me habia llamado la atencion.

Acerquéme á la barraca, fuí á aplicar el oído á las rendijas de la puerta, diviso en aquel recinto de algunos pies á un hombre y una mujer, ocupados él en soplar en el clarinete, y ella en golpear la piel de borrico; pero lo hacian con tanta fé que la señora no dejaba descansar un momento sus brazos, y el caballero hacia grandes esfuerzos con el pecho para no quedarse atrás.

Pero lo mas digno de observacion sin duda, lo mas raro y particular es la completa identidad que habia entre los músicos y sus instrumentos; como que el que tocaba el clarinete era largo, flaco y seco como una estaca, mientras que la que esgrimia los palillos del tambor era baja, inflada y repleta. Para complemento de fiesta, aumentóse el ruido infernal de la música con una serenata soberbia: los perros, los monos, los loros y varios otros pajarracos, incluso el señor y la señora, se pusieron á ladrar, chillar, hablar, cantar y silbar á un mismo tiempo, formando las diversas voces é instrumentos un *tutti* capaz de dejar sordo al mismo diablo.

ol. Este espectáculo me divirtió en extremo, haciéndome pasar algunos instantes sin sentir; pero como me importaba muy mucho proseguir mis pesquisas, no pasé de aquí mi indiscreta observacion, y me dispuse á emprender de nuevo mi correría. Mientras que apoyada la espalda en la barraca, pensaba en la direccion que debia tomar, calló la música, y ví salir de la sala del concierto á nuestro clarinete en persona. Luego que el hombre me vió, se paró á examinarme, y me aventuré á preguntarle por las señas de la casa de mi tio.

—«El Señor Troton?... no conozerlo por no ser yo del pais.

—En efecto, no es difícil ver en su acento que es V. francés.

—Todo lo que hay de mas *frrrrr* francés; parisien para lo que V. guste mandar. Y V.?...

—España es mi pais, y soy de la Andalucía.

—Ah! ah! dijo: yo tener mucho deseo de ir á España.... Toque V. esos cinco.

Nos dimos un apretón de manos, y respondiendo á mi primera pregunta, me aconsejó que me dirigiese á un comerciante, pues este podría sacarme del apuro. Entonces le saludé, no sin prometer que iría á verle, y mientras él entraba en su casa de tablas yo proseguí mi camino.

Ya empezaba á poblarse la ciudad y á tomar una fisonomía animada, de suerte que me dirigí á un tendero, á quien hice la pregunta á que no habia sabido contestar el titiritero. — ¿Sabe V. donde vive el señor Troton?

— Vienes mal dirigido, amiguito, me respondió el vendedor de comestibles: apenas hace un mes que he desembarcado en esta colonia: pregúntale al espendedor de tabaco qué está allá abajo, y segun parece es antiguo en esta ciudad.

Vaya por el espendedor de tabaco. — Corrí á él, y le hice la misma pregunta; pero era viejo, y ade-

más un holandés que detestaba cordialmente todo lo que olía á español. Sin duda adivinó quien yo era, pues me respondió como enfadado y con un gruñido que quería decir: sigue tu camino, que yo no estoy aquí para dar señas. Volví la espalda al regañon holandés, y dirigí mis pasos hácia otro punto de la ciudad, esperando ser allí mas afortunado.

Al fin en el puerto un trabajador á quien conté mi apuro atormentó de tal suerte su memoria, y me hizo tan buen servicio, que me enseñó con el dedo la casa de mi tio. Le pagué lo mejor que pude con las monedas sueltas que me quedaban de mi taleguillo de pesetas, y eché á correr con todas mis fuerzas hácia la casa que me habia designado.

(Se continuará.)

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Animales mamíferos. — El cheirópteros. — Los mammouths hallados en Siberia. — Animales fabulosos de los antiguos y de los modernos. — El unicornio. — Introducción del caballo en América. — Escasez de mamíferos en las tierras australes.

Un naturalista francés acaba de hacer la pintura del reino animal, y enumera entre otras cosas todos los mamíferos conocidos hasta hoy, diciendo que hay 1629. Ya sabeis que mamíferos son los animales que dan de mamar á sus hijuelos, debiendo ser comprendidos entre ellos los al parecer mas diferentes, ora en su forma, ora en su corpulencia, ora, por último, en su modo de vivir y alimentarse. ¿Quién creería que la enorme ballena y la musarañilla, los murciélagos y los elefantes pertenecen á una misma clase, á la de los mamíferos? Por lo que acabamos de decir vereis que unos viven en la tierra, y son en mayor número, al paso que otros habitan en los mares, ó son anfibios, vivien-

do alternativamente en el agua y en la tierra, mientras que tambien hay otros que estan destinados por la naturaleza á vivir en el aire.

En los 1629 mamíferos hay 163 cuadrúpedos ó animales que andan con cuatro pies, 302 cheirópteros, nombre que quiere decir á un mismo tiempo alas y manos, porque los animales de esta especie tienen patas fijas á membranas que se parecen á alas, como habeis visto en los murciélagos, que son los mas numerosos en esta familia; 60 cetáceos ó grandes peces, y anfibios que lo mismo pertenecen que los demás á la gran division de los mamíferos. Es posible que en lo sucesivo se encuentren aun mas géneros y especies de mamíferos desconocidos, que habiten en islas, continentes ó mares poco explorados. Sin embargo, como en el dia se conoce muy bien la mayor parte del globo, y como los naturalistas no han perdonado ni gastos ni fatigas para recoger animales, podemos estar seguros de que conocemos la mayor parte de los mamíferos que habitan nuestro planeta.

Hay especies que han venido á ser muy raras, y aun algunos creen se han extinguido totalmente de resultas de la caza que les ha dado el hombre por codicia, y algunas veces por necesidad. Así es como el uro, animal tan corpulento como nuestro toro, que en otro tiempo habitaba en los grandes bosques de la Europa, no existe ya por haber sido desmontado el terreno que cubierto antiguamente de frondosos árboles, servia de albergue á esos animales. La vaca marina, especie de cetáceo que á mediados del último siglo se encontraba en los parajes del Norte, entre el Asia y la América, ha sido tan perseguida por los rusos, que solo se conoce este animal por la descripcion que de él ha hecho un viajero de esta nacion, y por un diente que se conserva en el museo de San Petersburgo.

¿No es una cosa singular que solo quede un hueso de una especie de animales tan numerosa como la que en otro tiempo poblaba los mares?

Otro mamífero, el mammoth, igual en corpulencia y estructura exterior á los mayores elefantes, existia en las regiones donde hoy no hay especies tan colosales; y aunque parecido al elefante, como acabamos de decir, el mammoth habita en climas que se tienen por los mas frios de la tierra, sobre todo la Siberia, donde gracias al frio riguroso se han hallado en la tierra algunos individuos muertos, y tan bien conservados, que se ha podido conocer su especie. A diferencia de los elefantes, que no habitan sino en los climas cálidos, la naturaleza habia provisto á los mammoths de la Siberia de una piel, como sucede con el oso, el zorro, las martas y otros cuadrúpedos destinados á sufrir las fuertes heladas de aquellos paises.

Algunos naturalistas no han podido esplicar la existencia de esta especie de elefantes en la Siberia sino suponiendo que el clima de aquel pais era en otro tiempo tan cálido como el de Asia y Africa, y que una revolucion de la naturaleza ha destruido las especies animales que necesitan para vivir el calor.

Pero es dudoso que el mammoth de Siberia lleba su destruccion al frio del globo, pues su piel velluda prueba al parecer que la naturaleza le habia protegido del hielo, y lo poco profundo que están en la tierra los cadáveres, los cuales se hallan por otra parte en estado natural y no petrificados, anuncia que no hace mucho tiempo que esos animales dejaron de existir. El pueblo siberiano cree tambien, pero sin motivo, que los mammoths existen todavia, que habitan en lo interior de la tierra, lo cual no sería posible, y que si se encuentran algunos muertos, son individuos que han querido venir á la superficie de la tierra, y á los cuales ha muerto el aire exterior. La gente del Norte en general no ha podido disuadirse en mucho tiempo de la existencia de seres animados en lo interior de la tierra: los fienneses, los lapones, los suecos y los noruegos han creído que las montañas se hallaban habitadas por una raza de hombres de pequeña estatura, por pigmeos

que de tiempo en tiempo salian de la tierra para comunicarse con los habitantes del pais, ya haciéndoles bien, ya causándoles toda clase de maleficios: el pueblo ama lo maravilloso, y supone que hay cosas extraordinarias en lo mas sencillo del mundo.

Volviendo al reino animal, la antigüedad creyó en la existencia de animales que nadie viera, pero que no por eso debian dejar de ocupar su puesto en la serie de los seres vivos. Tales eran los grifos que, segun se decia, guardaban los tesoros sepultados en los montes Hyperborenses; tal era tambien el fenix, ave de rara especie que solo aparecia una vez en cada siglo, terminaba su vida en una hoguera y renacia de sus cenizas. En el oriente estaban persuadidos de la existencia de un pájaro de inmenso grandor llamado Rok, y del cual se habla algunas veces en los *Cuentos Arabes*. En este pais se ha hablado mucho igualmente de un cuadrúpedo llamado el unicornio, parecido al caballo, y que llevaba un cuerno muy largo en la parte anterior de la cabeza, habitando, segun afirmaban, en una parte del Asia y del Africa. Añadíase que era tan rápido en la carrera, que ningun cazador podia alcanzarle, por cuyo motivo nunca le habian cogido. Puede ser que entre los animales que hace mucho tiempo no existen, y de los cuales suelen hallarse en la tierra algunos restos, haya habido un gran cuadrúpedo que como el rinoceronte llevase una especie de cuerno en la nariz, pues los naturalistas han opinado por algunas osamentas encontradas acá y allá, que debieron existir animales intermediarios entre el elefante y el rinoceronte, que por consecuencia tenian muchas de las cualidades de estas dos colosales especies.

Estos grandes animales han desaparecido de las regiones civilizadas en que el hombre todo lo somete á su dominio, queriendo reinar en ellos como dueño absoluto. Por eso destruye las especies dañinas, domestica las que anuncian alguna inteligencia, y á las cuales no ha dado la naturaleza un caracter feroz é indómito, y

multiplica los animales que le son útiles, convirtiéndolos, por decirlo así, en compañeros suyos, y llevándolos á los países á donde ha ido á establecerse y en donde esos animales no existían antes. Asi es como la América, que tiene cuadrúpedos de que carece la Europa, tales como el lama y la vicuña, no tenía caballos, esos animales de tanta utilidad, y cuyos servicios han contribuido poderosamente á los progresos de la agricultura y de las relaciones comerciales entre los pueblos. Sabido es que cuando conquistamos la América, los peruvianos y otras naciones de la América meridional no tenían la menor idea de un hombre á caballo, y creían que el hombre y el animal en que iba montado era un solo ser animado, poco mas ó menos como los centauros de la antigua mitología. El miedo que les infundían aquellos gigantes imaginarios ayudó mucho á la sumision de pueblos tan ignorantes, y desde entonces se propagó el caballo de Europa por América, hasta tal punto que en los países meridionales, particularmente á lo largo del rio de la Plata, hay ahora pueblos que van siempre á caballo, lo mismo que los kalmouks y tártaros en Asia, y para quienes el caballo ha venido á ser indispensable. Los europeos han introducido tambien este animal, así como otros domésticos, en las tierras Australes donde la naturaleza solo ha creado poquísimos cuadrúpedos, y para las cuales parece que ha reservado formas animales muy particulares, tales como el ornitorinque, animal raro que es pájaro y cuadrúpedo á un mismo tiempo. Esta parte del mundo ha parecido en general á los naturalistas mas pobre y menos variada que las demás bajo el aspecto de las especies animales; pero puede ser que cuando se conozca bien el interior de la Nueva Holanda, se descubran en él muchas especies que no se suponen ahora: lo que no tiene duda es que los europeos cuando se establecieron en aquellas apartadas regiones, no hallaron en ellas ningun cuadrúpedo de gran tamaño, y no han tenido que destruir esas espe-

cies formidables que en otras partes han trabado una especie de lucha contra el hombre que iba á arrebatárselas las vastas soledades en que habian reinado por espacio de tantos siglos. Allí no habia leones, tigres, panteras, osos, ni aun hienas y lobos como en el Antiguo Mundo; y mucho menos elefantes y rinocerontes como en Asia y Africa. Ya el Nuevo Mundo ó la América tiene muchos menos animales carnívoros, de esos animales tan temibles en el Antiguo Mundo; pero en las tierras Australes no hay ninguno, de suerte que allí se puede colonizar mas facilmente, mientras que nuestros cuadrúpedos domésticos se propagan en ellas sin dificultad.

LA GRULLA Y EL TORO.

Fábula.

Una grulla peregrina,
Cansada de comer trigo,
Por las orillas vagaba
No me acuerdo de qué río.
Lo cierto es que la tierra
Escarbaba con el pico,
Buscando quizá afanosa
Algun torpe gusanillo....
De pronto vió una lombriz,
Que por cálculo ó instinto,
Lista se hundió en su agujero
Huyendo del enemigo.
Al verla sintió la grulla
Aumentarse su apetito,
Y ufana se dirigió

De la lombriz al asilo.
 Allí se agita y afana,
 Destroza el césped florido,
 Se para, vuelve al instante
 A su trabajo prolijo,
 Y desplegó tanta maña,
 Y tales esfuerzos hizo,
 Qué metió cabeza y cuello:
 En aquel hoyo maldito.
 Mas qué pronto desaparece
 La esperanza, amables niños!
 Cuán poco dura la dicha!
 Qué triste es nuestro destino!
 Cuando alegre nuestra grulla
 Iba á caer sobre el vicho,
 Un topo asqueroso y feo
 Se lo tragó sin ruido.

O tú, que franco y leal,
 Marchas por recto camino,
 Para alcanzar cuanto antes
 Tus miras ó tus designios;
 Desconfía de los hombres,
 Tan cobardes como indignos,
 Que siempre van por la sombra
 O por senderos torcidos.
 El intrigante es el topo,
 Y tú, leal y sencillo,
 Eres grulla franca y noble
 A quien burla topo inicuo.

TENORIO.



AVE MARIA.

Oh madre del Redentor,
Puro sol de nuestro día,
Refugio del pecador,
De los perdonados guía,
Ave María!

Oh Virgen de gracia llena,
Luz de la sabiduría,
Cuyo dulce nombre suena
Con tan célica armonía,
Ave María!

Radiante estrella del mar,
Que en nuestra noche sombría,
Nos puedes sola llevar
De salvación á la vía,
Ave María.

Quando, «bendita tú eres,»
 El arcangel te decia,
 «Entre todas las mujeres;
 «El Señor á tí me envia,
 «Ave María,»

Tu alma inocente y pura,
 Sin duda, oh Virgen, sentia,
 Una inefable dulzura
 Que casi espirar te hacia,
 Ave María.

Pues bien, Señora, yo sé,
 Mi alma en ello confia,
 Que cuando llena de fé,
 Te dice la mente mia,
 Ave María,

Tu corazon maternal
 Late, oh Virgen, todavía,
 De aquel placer celestial,
 Con que al arcangel oia,
 «Ave María.»

Por eso siempre he sentido
 Una indecible alegría,
 Al resonar en mi oído
 Esta santa melodía,
 Ave María.

Por eso ¡oh fanal del puerto!
 Tanto encanto me ofrecia,
 Decirte, aun cuando inesperto,
 Del placer en pos corria,
 Ave María!

Por eso, ya que soy padre,
 De mis hijos la voz pia
 Siempre oirás, gloriosa Madre,
 Decirte unida á la mia,
 Ave María.

EUGENIO OCHOA.